CAER EN SUS PROPIAS REDES,

COMEDIA EN DOS ACTOS.

Escrita en francés por Mr. Scribe.

(Traduccion de D. I. Gil.)

REPRESENTADA POR PRIMERA VEZ EN MADRID EN EL TEATRO DEL PRINCIPE EL DIA 31 DE MARZO DE 1843.

ACTORES.

LORD JORGE, Marqués de Newcastle. . . .	Don J. ROMEA.
PELKAM, amigo suyo.	Don F. ROMEA.
JENKINS, posadero.	Don M. FERNANDEZ.
MISTRISS BROWN, ama de llaves.	Doña G. LLORENTE.
CECILIA, criada del castillo.	Doña T. LAMADRID.

La escena pasa en el primer acto en una posada, á pocas leguas del castillo de Newcastle, en Inglaterra; en el segundo, en el castillo del Marqués.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una sala de posada. Puertas á derecha é izquierda. Balcon sin barandilla, al foro. Cama con pabellon y colgadura en el segundo plano de la derecha. Mesa, sillas, etc. Un aparador á la derecha del balcon del foro. En el ángulo opuesto, una mesita con una luz. Un velador á la izquierda del proscenio, y una mesita á la derecha del mismo.

ESCENA I.

LORD JORGE, JENKINS.

JENKINS, *acompañando á Jorge.*

Si Milord, me parece lo mas acertado que suspendais vuestro viaje, y os detengais á descansar en mi posada.

JORGE.

Qué es lo que he oido? Con que es cosa de no poder llegar esta noche á Newcastle! Tan lejos está?

JENKINS.

Seis millas no mas! pero hay que atravesar un bosque... el bosque contiguo al castillo... y luego es un camino detestable... barrancos, pedregales... lo bastante para que se haga trizas cuanta silla pase por él... por la noche se entiende... porque lo que es por el dia... es un camino soberbio!

JORGE, *sonriéndose.*

Bien se conoce que sois posadero, Señor Jenkins.

JENKINS.

Cifro en ello mi vanidad! en mi casa se encuentra de todo. (*á un criado que sale con un saco de noche y un neceser de viaje*) Entrad esos chismes en el cüarto de Milord. (*señalando á la puerta de la izquierda*).

JORGE, *señalando tambien.*

Está á ese lado?

JENKINS.

Es el mejor cuarto de la casa.

JORGE.

Pero para entrar en él hay que atravesar, segun veo, por esta sala, lo cual no me parece muy cómodo.

JENKINS.

El mejor arquitecto del país, tuvo ese

capricho al hacer la posada.

JORGE.

Entonces prefiero otro cuarto aunque no sea tan bueno.

JENKINS.

Si Señor, pero es el caso... que no hay mas que ese.

JORGE.

Cómo!

JENKINS.

Esta pieza y vuestro cuarto componen toda mi posada.

JORGE, *sonriéndose.*

Pues no dejará de ser concurrida.

JENKINS.

En honor de la verdad, mas bien que posadero soy maestro de postas y arrendador... arrendador de la Marquesa de Newcastle... quiero decir, de la Marquesa difunta... porque acabamos de tener la desgracia de perderla... toda la comarca ha llorado su muerte.

JORGE.

De veras?

JENKINS.

Era una Señora escelente! muy piadosa, muy caritativa y muy rica! Fundaba escuelas, casaba y dotaba á las muchachas... no cobraba un scheling á los arrendadores cuando era año de piedra... y ya se ve, nosotros pediamos á Dios todos los años una tempestad para que nos saliera la cuenta.

JORGE.

De suerte que ahora echareis de menos á la Marquesa?

JENKINS.

No pasa dia que yo no llore por ella; tanto mas cuanto que su sobrino no lleva trazas de imitarla.

JORGE, *yendo á sentarse junto al velador de la izquierda, en el cual están los periódicos.*

Le conoceis?

JENKINS.

Aun no se ha dignado venir á tomar posesion de sus dominios, pero ya nos ha avisado que tengamos prontas las cuentas de los arriendos.

JORGE, *riendo.*

Es decir, que es un Señor, duro, intratable, y feroz?

JENKINS.

Yo no sé lo que es... En primer lugar fue educado en el castillo por su pobre tia, que le enseñó muy buenas máximas... las suyas!.. y aunque ya entonces era vivaracho como la pólvora, era al propio tiempo la suma llaneza y tenia el corazon en la mano... Despues le enviaron con un ayo á Oxford ó Cambridge, en fin, no sé donde á punto fijo; de alli hizo varios viajes por el continente, y al fin se vino á Lóndres, donde su padre le ha dejado al morir, su título, sus riquezas, su asiento en el Parlamento, etc. etc. Hace unos quince años que no le hemos vuelto á ver, y por mas que digan que los viajes forman el juicio de los jóvenes, lo que es á él maldito si se le echa de ver tal cosa.

JORGE.

Cómo asi?

JENKINS.

Su mayordomo me ha contado que es un libertino completo, el mayor calavera que pasea las calles de Lóndres, donde no escasean, segun parece... Mirad... ahi mismo... en el *Morning-Chronicle* hablan de él... por poco se mata el otro dia en una corrida de caballos, á la cual asistió la flor de los elegantes...

JORGE.

Ah! ah!

JENKINS, *señalando al periódico que tiene Jorge en la mano.*

Si todo lo que ahi cuentan de él es verdad...

JORGE.

En parte... no digo que no.

JENKINS.

Luego vos le conoceis?

JORGE.

Mucho.

JENKINS, *sobrecogido.*

Es posible?.. entonces os suplico que no dejeis de hablarle de mi fidelidad, de mi cariño hácia él.

JORGE.

Ya tiene algunas noticias.

JENKINS.

Cómo?

JORGE.

Como que se halla en camino de Newcastle adonde tenia que venir.

JENKINS.

De veras?.. Y dónde se encontrará á estas horas?

JORGE, *levantándose y poniéndose á jugar con el látigo que coge de encima de la mesa.*

En casa de un arrendatario suyo... un

perillan llamado Jenkins!

JENKINS, *dando un grito.*

Dios me valga! (*echándose á sus pies*) Perdonad, Señor, conozco que he merecido vuestra cólera.

JORGE.

Levanta.

JENKINS.

Confieso que me temia una granizada de latigazos.

JORGE.

No; ten entendido que yo no soy afecto al granizo como mis arrendadores. (*arroja el látigo. Oyese dentro el ruido de una silla de posta*) Escucha... parece que yo he traido la fortuna á tu casa!.. ahi tienes otros viajeros.

JENKINS.

Dios mio! no sé donde he de meterlos si son muchos.

JORGE.

Es verdad... por el capricho de tu maldito arquitecto, y por ese cuarto único en su especie.

JENKINS.

Oh! en mi posada se encuentra de todo.

JORGE.

Escepto habitaciones.

JORGE.

Diré que están todas tomadas.

JORGE.

Allá te las avengas... yo no suelto la mia.

ESCENA II.

DICHOS, PELKAM.

PELKAM, *saliendo.*

Caballos!.. caballos al instante... tengo prisa. (*reparando en Jorge*) Qué veo? Milord Jorge! el nuevo marqués de Newcastle.

JORGE.

Enrique!.. Llegas tambien de Lóndres?

PELKAM.

No, del lado opuesto... de mi hacienda de Arlinford!

JORGE.

Es verdad, ahora recuerdo que en el campo somos vecinos.

PELKAM.

He salido á recibir á unos amigos que me han ofrecido pasar las pascuas conmigo.

JENKINS, *de pronto.*

Con que no dormireis aqui?

PELKAM.

No.

JENKINS.

Me alegro.

PELKAM.

Y yo tambien... porque todavia me acuerdo de una noche que pasé en esta posada... no quiero mas que caballos.

JENKINS.

Dispuestos están; en mi casa se encuentra de todo... aguardad cinco minutos mientras toman un pienso... son caballos escelentes... caballos de sangre!

PELKAM.

Que probablemente estarán arando á estas horas.

JENKINS.

Si estos Señores quieren fumar entretanto un buen habano...

PELKAM, *de pronto.*

Tienes?

JENKINS, *yendo por la luz que está en el foro y trayéndola al velador de la izquierda.*

No, pero aqui teneis luz para encenderlos... Oh! lo que es por cigarros... Milord es hombre prevenido y no dejará de llevar algunos encima.

JORGE.

Si por cierto... (*sacando una petaca*) y legítimos, de la vuelta de abajo.

JENKINS.

Cuando yo decia que en mi casa habia de todo...

PELKAM.

Si, ya lo vemos.

Vase Jenkins.

ESCENA III.

PELKAM, JORGE.

Siéntanse los dos junto á la mesa de la izquierda y fuman.

PELKAM.

Dentro de algunas horas vuelvo á pasar por aqui, y quiero que te vengas con nosotros á Arlingford.

JORGE

Lo agradezco.

PELKAM.

Estarás entre amigos... tendremos por com-

pañeros á los primeros elegantes de Lóndres, cuyo gefe y modelo eres tú.

JORGE.

Necesito estar mañana en Newcastle.. he avisado mi llegada á mis apoderados, y me estarán esperando.

PELKAN

Con que te has dedicado á arreglar tus asuntos?

JORGE.

Si.

PELKAM.

Pues voy yo á hacer lo mismo. Es esa la moda?

JORGE.

Por lo menos es la mia.

PELKAM.

Entonces es la rigurosa; porque basta que tu lo hagas para que al momento se declare que es de buen tono; yo no sé cómo te las compones... por mas que me afano en imitarte, yendo muchas veces mas allá que tú mismo en tus propios inventos, jamás he logrado ganarte la palma... Tenias un cocinero francés, te le quité... obsequiabas á una bailarina, me puse á obsequiar á dos... inventaste afeitar á los caballos, yo tomé barbero al año para los mios!.. Ni por esas!.. no he podido conseguir que la gente elegante aparte de tí sus miradas... En qué consiste eso?

JORGE.

Lo ignoro... pero sospecho que tus afanes serán en valde... la moda es al fin muger, y basta que tú corras tras ella, para que no corra nunca tras de tí.

PELKAM.

A propósito de muger, quieres decirme por qué has despreciado la mano de esa rica heredera que te habian propuesto... el mejor partido de Inglaterra!.. es fea acaso?

JORGE.

Si no la he visto.

PELKAM.

Un enlace proyectado por la Reina!.. Cual ha sido la razon?.. por qué motivo?..

JORGE.

Con que me preguntas por qué motivo, eh?

PELKAM.

Si por cierto

JORGE.

Pues, amigo mio, no tenia ninguno.

PELKAM, *admirado.*

Ninguno!

JORGE.

Sino el de dar que decir á los tontos!

PELKAM, *admirado.*

Calla!..

JORGE, *encaminándose hácia el foro.*

Ya ves que lo he conseguido... Hace dos meses que no se habla mas que de eso.

PELKAM.

Y es verdad!.. no ha sido mala idea!. —Y para este invierno, qué diantres inventariamos?

JORGE.

Allá veremos... lo pensaré.

PELKAM.

Me lo dirás?

JORGE.

Sin duda.

PELKAM, *aparte.*

Veré si puedo robarle el pensamiento.

JORGE, *volviendo al lado de Pelkam.*

Oye; espero que en vista de lo que te he dicho, sereis vosotros, los cazadores, los que vendreis á verme á Newscastle. Os aguardo sin falta.

PELKAM.

Enhorabuena: mañana, en cuanto raye el dia, vendremos á despertarte al son de las trompas de caza.. Verás que bella alborada!.. y en cuanto el apetito nos haga sentir que ya es hora de retirarnos, nos vamos todos juntos á tu castillo.

JORGE.

Diez años hace que no he puesto los piés en él; pero debemos hallar una bodega bien provista de lo rancio, á que mi pobre tia no era muy aficionada; se entiende si mi mayordomo no ha dado fin de ella.

PELKAM.

Oh! el pais este es escelente! ademas del vino y la caza, hay otro artículo que no les va en zaga... las aldeanillas... nuestras lindas vasallas.

JORGE, *con tono desdeñoso.*

Ola! tú tambien eres de los que paran la atencion en eso!

PELKAM.

Por qué no?.. en el campo!.. yo no soy como tú, que estas cansado de todo... merced á tu buena suerte con las damas de alto copete... Yo me atengo al delantalillo de aldeana.

JORGE.

Eh! quita allá... eso es de muy mal tono, amigo mio.

PELKAM.

Pues es lástima, porque es muy apetitoso... Cabalmente acabo de ver una hace poco... preciosa muchacha!.. un capullo de rosa!.. qué sonrisa tan hechicera! qué talle tan donoso! Caminaba sola y á pie por la orilla del bosque, con un lio debajo del brazo... Yo, que iba repantigado en mi cómoda berlina, mandé al postillon que parase, y con la mayor galantería ofrecí un asiento á la aldeana.

JORGE.

El cual aceptó.

PELKAM.

No... lo rehusó enérgicamente.

JORGE.

Hizo bien.

PELKAM.

Y no hubo medio de que escuchara mis requiebros... se conoce que la tal niña es la pura virtud...

JORGE, *riendo.*

Virtud!

PELKAM.

Oh! en esta tierra hay de todo.

JORGE.

Si, como en la posada en que estamos.

ESCENA IV.

DICHOS, JENKINS, *á poco* CECILIA.

JENKINS.

Señor Baron, cuando gusteis, los caballos están prontos.

PELKAM.

Bien, voy corriendo. (*yendo á tomar su sombrero y paletot que dejó sobre una silla cerca de la puerta de la izquierda*) Oyes... aqui tienes justamente á la aldeanilla de que te hablaba... Eh? qué tal?.. No es verdad que es divina?

La echa el lente.

JORGE.

No es fea en efecto... pero me sonrojo de verte, amigo mio... echar el lente á una aldeana!.. Si lo supieran en Lóndres...

PELKAM, *soltando el lente inmediatamente.*

Oh! no, no... si ya no pienso en ello siquiera. . no vayas á publicarlo y á comprometerme. Adios, Milord. Adios, hechicera.

Vase por el foro.

ESCENA V.

JORGE *sentado á la mesa de la izquierda abre una cartera y saca de ella varios billetes de banco, en seguida coje papel y pluma, y toma varios apuntes.* CECILIA *y* JENKINS *estarán á la izquierda.*

CECILIA, *á Jenkins.*

Con que, Señor posadero, donde pensais alojarme esta noche?

JENKINS.

En esta sala, hija mia; todas las demas habitaciones están ocupadas.

CECILIA, *señalando á Jorge.*

Si... pero, y ese jóven?

JENKINS.

En este cuarto de al lado... No temais... es un Grande, un Lord... y ademas la puerta tiene un buen cerrojo por vuestro lado.

CECILIA.

Bien; y ese balcon?

Señalando al del foro.

JENKINS.

Cae á un precipicio... treinta y dos pies de elevacion, y una cama de rocas... lo bastante para hacerse mil trizas, si se le fuera á uno el pie. (*á Cecilia que abre la vidriera*) Cuidado al abrir, la barandilla está rota.

CECILIA.

Gracias.

Deja á un lado el lio, juntamente con su sombrerillo y gaban, y lo coloca todo en una silla del foro.

JENKINS.

En cuanto á esa otra puerta... la de la escalera, tambien va á la cocina... Si necesitais alguna cosa, ahi teneis la campanilla.

Señalando á la mesa.

CECILIA.

Perfectamente.

JENKINS.

Voy á enredarme con vuestra cena y la de Milord; no tardaré mucho!

Dá algunos pasos hácia la puerta.

CECILIA, *llamándole.*

Otra cosa, Señor posadero... Yo quisiera estar mañana muy temprano en Newcastle.

JORGE, *levantando la cabeza.*

Eh?

CECILIA.

Pero temo perderme en el bosque, y si tuvieseis alguna persona de confianza que me acompañase hasta el castillo...

JENKINS, *señalando á Jorge.*

Ahi está justamente el dueño, Lord Jorge...

CECILIA.

Cielos!

JENKINS.

Nadie mejor que él puede daros las señas.

Vase.

ESCENA VI.

JORGE, CECILIA.

Qué veo! milord, será posible!... Sí, creo reconocer las facciones...

JORGE.

Qué quereis?

CECILIA.

Oh! vos no podeis acordaros de mí, pobre muchacha, acogida en el castillo por la caridad de vuestra tia... y criada casi al lado vuestro... Vos me habeis olvidado hace mucho tiempo... pero yo, nunca.

JORGE.

Cecilia!

CECILIA.

Ah! se acuerda de mi nombre.

JORGE, *levantándose.*

Mi ahijada!

CECILIA.

Sí, padrino mio, (*con mucha alegría*) soy yo.

JORGE.

La hija de un soldado... á la cual saqué de pila por gusto de mi tia...

CECILIA.

Que quiso asegurarme de ese modo un segundo protector en mi amo futuro.

JORGE.

Y tienes en el dia?

CECILIA.

Diez y ocho años.

JORGE, *mirándola.*

Nada menos?... Estás hecha una buena moza.

CECILIA.

De veras, padrino mio?... me alegro de parecéroslo... Yo, de vos sé deciros únicamente que estais mas guapo que nunca.. buena cara, gallarda presencia, porte noble... como que no puedo acabar de creer que en otro tiempo me hayais dispensado el honor de jugar conmigo en el parque del castillo... Verdad es que ya hace diez años de esto!

JORGE.

Diez años hace que me marché?

CECILIA.

El 30 de octubre de 1828... un lunes por la mañana... Qué tiempo hacía!... daba ganas de llorar; me acuerdo que dije entre mí misma: Pobre Señorito, se va á poner hecho una sopa, y va á cojer una enfermedad... — Desde aquel dia no he cesado de hablar de vos con vuestra tia... que me ha tratado siempre con tanta bondad como si fuera hija suya... En cambio, yo observé que era aficionada á la lectura, y la leia por las noches... me dijo que su mayor pasion era la música... y aprendí el piano

JORGE.

Ola! entonces estás hecha una Señorita.

CECILIA.

Por ella... no por mí... para qué me hacía falta sino?... mi único deseo hubiera sido no separarme de ella... pero hace un año recibimos noticias de Nueva-Yorck... de mi padre... El pobre anciano decia que queria verme... y entonces la misma Señora Marquesa me dijo... «anda á abrazar á tu padre, hija mia... no sé como he de pasarlo sin tí, pero no importa... ve á verle...» Me marché en efecto, y la alegría de mi padre, al estrecharme en sus brazos, fue tal, que le parecia no ser ya tan anciano como antes. A su lado continuaría aun, sino hubiese tenido una carta de mi bienhechora, en la cual me decia: «Vuelve, hija mia, vuelve, te he buscado una colocacion... un buen casamiento!...» — Ya podeis figuraros que no hubiera sido esto lo que me hubiera decidido á volver, sino que la Marquesa añadia en su carta que estaba enferma y me necesitaba á su lado. Al saber esto lo he dejado todo... y aqui me teneis... es tal mi deseo de volverla á ver que estaba con el mayor desconsuelo por no poder llegar esta misma noche al castillo... Pero ahora casi me alegro de mi contratiempo, porque os he encontrado, Milord... y mañana entraremos juntos en Newcastle...—Cómo sigue mi pobre Señora?

JORGE, *aparte.*

Cielos! (*alto*) Pues qué no sabes?...

CECILIA.

El qué?... está peor?

JORGE, *de pronto.*

No... no... ya no tiene nada.

CECILIA.

Oh! cuánto me alegro!... Siendo asi, no habrá recibido mi carta, porque la rogaba que comisionase á alguno que viniese á buscarme, y en esa confianza, me he puesto sola en camino... Qué feliz soy ahora!... Con que vos tambien venis á verla! haceis bien porque la pobre Señora no podia menos de estar sentida de vuestro olvido... sin embargo, nunca se ha quejado de vos... es tan buena!... ya vereis como os lo dice mañana al abrazaros.

JORGE, *aparte.*

No sé como noticiarla... mañana... pobre muchacha... harto pronto será siempre para recibir tan mala nueva... déjémosla siquiera pasar una buena noche.

CECILIA, *que se habrá dirigido al foro.*

A qué hora saldremos mañana, Milòrd?

JORGE.

A eso de las nueve.

CECILIA.

Qué tarde!... Ah! perdonad, yo soy la que debe estar á vuestras órdenes? Y me hareis la honra de llevarme en vuestro carruaje?

JORGE.

Sí por cierto.

CECILIA.

Qué alegría!

JORGE.

Me han informado sin embargo de que te gusta mas caminar á pie... dígalo el caballero á quien has desairado esta tarde.

CECILIA.

Y no he hecho bien acaso?... era una persona desconocida... un jóven... mientras que vos...

JORGE.

Yo no soy jóven, eh?

CECILIA.

No por cierto... vos sois, mi Señor, mi padrino... el sobrino de mi bienhechora.

JORGE.

De modo que de mí no tienes miedo?

CECILIA.

Toma! buena es esa! y por qué habia de tenerle?... En estando vos á mi lado nada me asusta... no corro peligro.

JORGE, *sonriéndose.*

Oiga! eso no es muy lisongero para mí.

CECILIA, *con sencillez.*

Vaya! y por qué no? (*volviéndose y viendo á un mozo que trae platos y demas servicio de mesa*) Aqui teneis ya el cúbierto para la cena (*quitándoselo al criado de las manos*) Traed, traed... esto me toca á mí (*vase el criado*) Soy criada del castillo... con que bien puedo serlo en la posada... por vos, Milord... es para mi un deber y una satisfaccion al mismo tiempo... dejad, dejad... yo os serviré mejor que los demas... no está el mérito en el número de los criados, sino en el celo de cada uno (*estiende el mantel sobre la mesa, y va colocando los platos, cubiertos, etc.*) El mantel no es por cierto de los mas finos... y la plata no está muy limpia que digamos... (*frotando una cuchara de plata*) todo ello es bien poca cosa para vos... pero ya vereis... ya vereis mañana en el castillo de vuestra tia. Dios mio, qué sitio tan delicioso es Newcastle!... haremos de modo que esteis como un príncipe... En primer lugar podeis disponer de mí desde la mañana hasta la noche.

JORGE.

De veras?

CECILIA.

Al primer campanillazo me tendrés á vuestro lado...

JORGE, *mirándola miéntras va y viene para poner la mesa.*

Pelkam tenia razon; es preciosa, y de una ingenuidad seductora. Bien mirado toda una noche en una posada es cosa sumamente triste y monotona... la chica tiene pico de oro... conque pasaremos el tiempo con ella.

CECILIA, *que habrá acabado de poner el cubierto*

Qué modo de mirarme, padrino!

JORGE.

Te asusta?...

CECILIA.

Nada de eso... me agrada... porque despues del cariño de la Marquesa, lo que mas deseo en este mundo...

JORGE.

Qué es?

CECILIA.

Poseer el vuestro.

JORGE.

De veras, hermosa ahijada?

CECILIA.

Es natural, sois su sobrino, su único pariente; y en una casa tan ilustre como la de Newcastle los criados son casi de la familia; viven y mueren en ella... asi es que todos darian la vida por sus amos, y yo me arrojaría al fuego por ellos.

JORGE, *esclamando de pronto.*

Oh! no exijo yo tanto como eso.

CECILIA.

Toma, derecho teniais para hacerlo... Debo á la Marquesa cuanto soy... mi existencia, mi educacion, y mas que eso todavía... los sentimientos de virtud y religion que me ha inspirado, y por los cuales he llegado á apreciar que para una jóven vale mas perder la vida que el honor.

JORGE, *aparte.*

Vaya unas ideas que le ha ido á enseñar mi tia!

CECILIA.

Oh! y no tengais cuidado que olvide sus lecciones... sabré ser siempre digna de ella y de vos, padrino mio.

JORGE, *algo cortado.*

Sí, hija, sí... pero déjate de eso por ahora, y toma. (*quitándose la cadena que lleva al cuello*) Admite este obsequio como prueba de mi cariño y del gusto que he tenido en volverte á ver.

CECILIA.

Quién, yo?... aceptar un regalo tan magnífico...

JORGE.

Me desairas?...

CECILIA.

No sé en verdad si deba... es mucho para mí...

JORGE.

Eh! déjate de escrúpulos; soy rico... y ademas... de tu padrino puedes admitir cualquier cosa.

Se la pone al cuello.

CECILIA.

Es verdad... ah! os juro que esta cadena no se separará de aqui (*señala al corazon*; *en seguida se retira un poco y queda á la derecha del teatro.*)

JORGE, *aparte.*

Vive Dios, que no he tenido valor para decirla nada... Su candor me desarma.... Y soy yo el que tiene fama de seductor?... Vamos, ánimo. (*alto*) Sabes que eres muy linda?

CECILIA, *con indiferencia.*

Y qué le hace eso?

JORGE.

Cómo, qué le hace?

CECILIA.

Qué le importa eso á Milord, con tal que le sirva bien? con tal que tenga en mí una criada fiel y obediente?

JORGE.

Bien por Dios!... espero que serás mas que eso...

CECILIA.

El qué?

JORGE.

No te darias por contenta de ir conmigo á Lóndres?

CECILIA, *riendo.*

Ah! adivino... vais á casaros?... Qué alegría!... Y quereis que sirva de doncella á Milady?... Por mí, si vuestra tia consiente y viene con nosotros... os seguiré con mil amores... Cuidaré de vuestros hijos, los enseñaré á quereros, á respetaros, á ser como su padre, magnánimos y virtuosos...

JORGE, *con impaciencia.*

Bien, bien... pero no es de eso de lo que yo queria hablarte.

CECILIA.

Pues de qué?

JORGE.

No lo sé. (*aparte*) Como soy que no acierto á empezar. (*alto*) Dime, Cecilia, tienes muchos novios?

CECILIA.

Calle, qué pregunta!... si los tuviese os lo hubiera dicho á vos ó á vuestra tia, una vez que quiere casarme... pero prefiero que me los escoja ella, ó vos, padrino mio.

JORGE.

Y en escojiéndote uno... te casarás con él?..

CECILIA.

Sí por cierto.

JORGE.

Y le querrás?

CECILIA.

Como toda muger honrada debe hacer con su marido.

JORGE.

Pero y si no pudieses?

CECILIA.

Todo lo que se quiere, se puede... Dios me daria voluntad para ello.

JORGE, *sonriéndose.*

Dios no tiene tiempo para mezclarse en tales cosas.

CECILIA, *en tono de reprension.*

Ah! eso no me gusta, padrino mio; Dios tiene tiempo para verlo y oirlo todo... hasta lo que vos acabais de decir.

Se dirije al velador.

JORGE, *con impaciencia.*

Ea, escrupulosa y devota... no la faltaba mas que eso... Pues Señor, si nos escuchase

alguno, se llevaba el diablo mi reputacion (*alto, acercándose á Cecilia que habrá ido á colocarse al lado del velador*) Sabes, Cecilia, que hace media hora que ando tras de decirte una cosa?

CECILIA.

Cuál?

Cecilia pasa á la derecha de Jorge.

JORGE.

Que tienes los ojos mas espresivos del mundo, un cuerpo divino y una voz que llega al alma.

CECILIA, *admirada.*

Por qué me decis eso?

JORGE.

Un talle digno de una Duquesa... y aun yo sé de algunas que no se atreverian á sujetarse á la comparacion...

CECILIA, *turbada.*

Padrino...

JORGE, *animándose.*

No, voto á tal! ..

CECILIA.

Ah! jûrais!... Qué diria vuestra tia?

JORGE.

Diria lo que quisiera!... Juro que eres la muchacha mas linda de Inglaterra y Escocia-

CECILIA, *retrocediendo paso á paso y refugiándose detrás de la mesa de la derecha.*

Ay! Dios mio! padrino, qué tono y qué modales!... me dais miedo.

JORGE.

No decias hace poco que te echarías al fuego por mí?

CECILIA.

Sin vacilar.

JORGE, *queriendo acercarse á ella.*

Y entonces por que huyes de mí?

CECILIA, *huyendo hácia la izquierda y amparándose del velador.*

No sé; pero dejadme, dejadme... Vuestras miradas me asustan.

Jorge dá un paso mas hácia ella; Cecilia se apodera precipitadamente de la campanilla y llama.

JORGE.

Qué has hecho?... Comprometerme de ese modo delante de las gentes de la posada... á mi, á tu amo... Ya están aquí.

ESCENA VII.

DICHOS, JENKINS, *poco despues un* CRIADO.

Cecilia estará apoyada en el velador; Jenkins viene á colocarse en medio de los personajes.

JENKINS.

Qué es eso? qué quereis?

CECILIA.

Milord que está harto de aguardar por la cena y se iba incomodando; por eso he llamado.

JORGE, *aparte y respirando con satisfaccion.*

Vamos... asi me gusta.

JENKINS, *señalando á un criado que trae platos.*

Ya está, Milord... aqui os traemos un *roastbeef* y un par de perdigones... si teneis la bondad de sentaros antes que se enfrie.

JORGE, *con sequedad.*

Bien está; una silla.

Cecilia se apresura á presentarle una.

JENKINS, *mirando entretanto á la mesa de la izquierda.*

Cáspita! billetes de banco!... Vaya una coleccion!...

JORGE, *con tono brusco.*

Qué haces ahi?

JENKINS.

Es que... Milord se ha dejado aqui unos billetes de banco...

JORGE.

Bien está; no necesito tanta gente. (*señala á Cecilia*) Esta jóven es del castillo.

CECILIA.

Y por lo tanto me toca servir á Milord.

JORGE, *con ironía.*

Sois muy atenta.

CECILIA, *con modestia.*

No hago mas que mi deber... y en tratándose de mi deber...

JORGE, *interrumpiéndola.*

Basta, basta! no se os pregunta mas. (*alargando el vaso*) Dadme de beber.

JENKINS, *que continúa siempre detrás de Jorge.*

Es burdeos legítimo.

JORGE.

Ahora lo veré.

Cecilia le echa de beber con mano trémula. Jorge la mira enojado sin reparar en que está lleno el vaso; quiere hablar, se calla y vuelve á poner el vaso en la mesa sin haberle llegado á los lábios.

JENKINS.

Qué tal le parece á Milord?

JORGE.

Detestable!

JENKINS, *acercándose y viendo el vaso lleno.*

No le ha probado siquiera!

JORGE, *mirándole.*

Adereza esa ensalada á la francesa... no... tú, no... ella... (*con ironía*) Si es que quiere... ó que sabe... Si es que se digna saber hacerlo.

Ceciliá coje precipitadamente la ensaladera y vinagreras, y se pone á aderezar la ensalada en un ángulo de la mesa cerca de Jorge.

CECILIA, *sin mirarle y continuando.*

Perfectamente, Milord.

JORGE.

Es estraordinario. (*Jenkins se habrá apartado y vuelve á poco con otros platos*) Todas las habilidades reunidas... la lectura, el piano, la ensalada. (*Jenkins entra en el cuarto de Jorge que está á la izquierda*) Veo que mi tia no ha omitido nada, y ya no me admira que con una educacion tan brillante, tan esmerada, hagamos escrúpulos y tengamos orgullo... nos creamos tanto como nuestros amos, y con derecho para desdeñarlos. (*Cecilia revuelve la ensalada sin contestar palabra*) Vamos, niña, se os han acabado las palabras?.. no quereis hacerme el favor de contestarme?

CECILIA, *con agrado y resignacion.*

Cuando Milord habla, yo debo callar... es dueño de regañarme, y de ponerme en ridículo, si quiere.

JORGE, *despechado.*

En ridículo!... ah!... harto bien sabeis quién de los dos lo está en este momento, y no tardareis mucho tiempo en ir á contarlo... á vanagloriaros de ello.

CECILIA, *con sentimiento.*

Nunca!... quisiera olvidarlo!

JORGE, *idem.*

Ireis diciendo que un Grande, un Lord os amaba... Pues os equivocais... en lo que menos pensaba era en vos.

CECILIA.

Eso es lo que yo deseo.

JORGE, *idem.*

Era solo un capricho, un antojo de que ahora se avergüenza.

CECILIA.

Dice bien, Milord.

JORGE, *con cólera concentrada.*

Ah! os estáis mofando!

CECILIA, *trémula.*

No, Milord.

JORGE, *idem.*

Qué haceis ahí?

CECILIA, *colocando la ensalada delante de Jorge.*

Os estoy sirviendo únicamente.

JORGE, *de mal humor y desviando la ensaladera.*

No quiero! quitad eso de ahi... no, un cubierto... no, un plato. (*Cecilia turbada deja caer el plato que se hace pedazos*; *muy enojado*) Torpe!... no sabes hacer nada... Voto á...

JENKINS, *saliendo del cuarto de Jorge.*

Qué há sido?...

Recoje los cascos y vase por la derecha.

JORGE.

Perdona, he jurado sin intencion... ha sido un rapto de cólera...

CECILIA.

No hay porque disculparos... nada mas natural que os enojeis cuando hago mal! (*en tono de súplica*) pero cuándo hago bien!

JORGE, *con altivez.*

Cómo es eso?

CECILIA, *con timidez.*

Perdonad, Milord.

JORGE.

Milord... siempre Milord... por qué no me llamais padrino?

CECILIA.

Porque desgraciadamente mi padrino no está ya aqui...

Despójase de la cadena y la pone sobre la mesa.

JORGE.

Qué significa eso?... creeis que voy á tomar lo que he dado?

CECILIA, *con timidez.*

Tened la bondad de entregársela á mi padrino cuando vuelva.

JORGE.

Ah! ya es por demas! no consiento que nadie venga á darme lecciones, y quiero que se país... (*á Jenkins que sale á este tiempo*) Qu es eso?

JENKINS.

Los postres.

JORGE.

No los quiero!... hace dos horas que estoy en la mesa... mi cuarto... una luz.

JENKINS.

Aqui le teneis, Milord.

JORGE.

Y fuego...

JENKINS.

Ay! Dios mio, se me ha olvidado!

JORGE, *á Cecilia.*

Vamos, qué haceis vos ahi?... en qué pensais? no ois que quiero lumbre?

CECILIA, *cojiendo unas ascuas de la chimenea.*

Allá voy, Milord.

JENKINS, *poniéndo la leña debajo del brazo.*

Tomad estos dos troncos... y la luz.

Vase Cecilia por la puerta de la izquierda con el fuego, la leña y la luz.

ESCENA VIII.

JORGE, JENKINS.

JENKINS.

Que tal ha cenado Milord?

JORGE.

No lo sé.

JENKINS, *aparte y mirando à la mesa.*

Lo creo; no ha probado bocado... No importa, ha salido á la mesa... se lo cargaremos en cuenta. (*alto*) Espero que Milord descanse bien esta noche...

JORGE.

Dios lo quiera!

JENKINS.

Las camas son escelentes!

JORGE.

Bueno. En cuanto esté el cuarto... A ver si esa muchacha se despacha.

JENKINS.

Es que... no hace un instante que ha entrado y...

JORGE.

Tu tambien la defiendes!

JENKINS.

Yo, Milord, lo digo, porque la veo tan deseosa de complaceros...

JORGE.

Es una tonta... una vanidosuela... una respondona á quien me veré en la precision de despedir.

JENKINS, *aparte.*

Bueno!

JORGE.

Y á tí tambien.

JENKINS, *aparte.*

Malo!

JORGE.

Escucha. Cuidado con que te se ocurra decir á esa muchacha que mi tia ha muerto, aun cuando te acose á preguntas.

JENKINS.

Ah! ya!

JORGE.

Ni que yo soy ahora Señor y dueño de Newcastle!

JENKINS.

Y por qué, Milord?

JORGE.

Ya te he dicho que no me gusta la gente curiosa... solo te advierto que si despegas los labios sobre este asunto, te hago pagar en adelante por tu arriendo el doble de lo que pagas ahora.

JENKINS.

Ay! Dios mio!

JORGE.

Y ademas, pongo pies en pared, para que vuelvas todo lo que has robado á mi tia.

JENKINS.

Entonces me dejais por puertas! me perdeis!

JORGE, *viendo venir à Cecilia.*

Calla!

JENKINS, *aparte.*

Uf! qué amo tan malo!

ESCENA IX.

DICHOS, CECILIA, *que sale del cuarto de la izquierda.*

CECILIA, *apagando la luz y dejando la palmatoria en la mesa de la izquierda.*

Ya está corriente el cuarto de Milord.

JORGE, *con sequedad.*

Gracias á Dios; creí que no se acababa nunca...

Acércase á la mesa donde está la luz; saca el reló y le dá cuerda.

JENKINS, *acercàndose à Cecilia.*

Si esta jóven quiere cenar, ahi tiene un par de perdigones, á los cuales no ha tocado Milord.

CECILIA.

Mil gracias; no quiero tomar nada, no tengo apetito.

JORGE, *con tono brusco.*

Y por qué? estáis mala?

CECILIA, *conmovida.*

No, Milord... me siento bien.

JORGE.

No hay tal... teneis algo... se os está conociendo.

CECILIA, *desvaneciéndose.*

Qué importa?

JORGE, *corriendo à ella.*

No lo decia!... Pronto, á mi cuarto... en mi neceser hay un frasquillo de esencias.. Vamos... id volando.

JENKINS, *cojiendo la palmatoria que está apagada en la mesa de la izquierda.*

Pero... si he de ver, no puedo ir á oscuras. (*Jorge coje de encima de la mesa un billete de banco, le retuerce, y le enciende á la luz*) Cielos! qué haceis? un billete de banco!

JORGE.

Qué importa? (*mirando á Cecilia*) Ah! ya vuelve en sí... (*cogiéndola la mano con cariño*) Qué es eso, Cecilia?

CECILIA.

No os molesteis, Milord; vuestro cuarto está corriente, y con tal que vos descanseis...

JORGE.

Yo no tengo sueño.

JENKINS, *aparte.*

Otra que tal! y hace poco... Vaya un hombre caprichoso!

JORGE, *con aspereza.*

Vamos, bien podias tu arreglar todo eso?

JENKINS.

Ya voy á hacerlo. (*aparte*) Yo no sé por qué detesto á todos los que pueden mandarme.

Va y viene para quitar la mesa; con este motivo sale y entra en escena varias veces. Jorge durante este tiempo se queda en el proscenio y se acerca á Cecilia que está enjugándose las lágrimas.

JORGE.

Escucha. Hace poco has estado conmigo orgullosa é impertinente por demas.

CECILIA.

Habrá sido sin intencion, Milord, porque bien sabe Dios que os respetaba y bendecia.

JORGE, *picado.*

Es decir que ahora ya no hay nada de eso?

CECILIA, *con viveza.*

Siempre, Milord, siempre! de vos depende que os mire aun como Señor y bienhechor mio.

JORGE.

Bueno... dispuesto estoy á olvidarlo todo.

CECILIA.

Y yo tambien... no deseo otra cosa.

JORGE.

Quiero perdonarte... con una condicion.

CECILIA.

Cual?

JORGE.

Tengo que hablarte... no puedo hacerlo con libertad delante de ese hombre, y para eso... es preciso que dejes abierta esa puerta.

Señalando á la de la izquierda.

CECILIA, *con indignacion.*

Ah! Milord!

JORGE.

Me lo prometes?

CECILIA, *con entereza.*

No.

JORGE.

Mira lo que haces! tú no me conoces; te digo que tengo que hablarte, y si te fias en mi palabra y caballerosidad, no tienes nada que temer; pero si me niegas esa entrevista, yo buscaré modo de conseguirla; y sabré conseguirla, te lo juro.

CECILIA.

Yo os juro que no.

JORGE.

Cumpliré mi juramento.

CECILIA.

Y yo el mio.

JORGE.

Allá veremos. (*encamínase hácia la mesa, recoje los billetes de banco, y los mete en la cartera; en seguida coje la palmatoria que le presenta Jenkins*) Adios. Reflexiona en lo que te he dicho. (*á Jenkins que le acompaña*) Y tú tambien.

Vase por la izquierda.

ESCENA X.

CECILIA, JENKINS.

JENKINS, *aparte.*

No haya cuidado que desobedezca... perder mi arriendo, eh?.. (*alto*) Buenas noches, Miss... Creo que no os hace falta nada... Os dejo en vuestro cuarto.

CECILIA.

No tiene otra salida esta pieza?

JENKINS.

No tiene mas que estas dos puertas.

CECILIA, *señalando á la de la izquierda que cierra con cerrojo.*

De las cuales cierro yo la una.

JENKINS, *señalando á la de la derecha.*

Y yo haré lo propio con la otra al mar-

charme. Oh! mi posada es muy segura. Yo duermo un poco lejos... al otro lado del edificio... Alli tengo mi habitacion. Buenas noches.

CECILIA.

Buenas noches, Señor Jenkins; cerrad bien la puerta.

JENKINS.

Oh! perded cuidado... las cerraduras son escelentes... en mi casa no falta nada... Buenas noches, Miss.

Vase por la puerta de la derecha que se oye cerrar por dentro con dos vueltas de llave..

CECILIA.

Buenas noches.

ESCENA XI.

CECILIA, *sola.*

No acabo de volver en mí... yo que tenia tantos deseos de verle!.. Ah! quién lo hubiera dicho!.. En otro tiempo, cuando nos criábamos juntos, era tan noble, tan pundonoroso!.. Tenia defectos, es verdad... pero su corazon era generoso y magnánimo!.. Y todo ello ha desaparecido desde que fue á la universidad!.. Eso es lo que aprenden!.. Despues se fué á Lóndres, y alli habrá acabado de perderse. (*colócase delante de un espejo, y acomódase el pañuelo ó gorro de dormir mientras habla*) Oh! no hay que desesperar todavia... Pero, y si continúa del mismo modo?.. Si no quiere enmendarse?.. Me veré en la precision de decírselo á su tia!.. Seria una noticia terrible para la pobre Señora, que es tan amante de la virtud!.. No querria ya á su sobrino, no volveria á verle, le desheredaria... y yo seria causa de ello... Oh! no...—Tambien es desgracia que en una familia de gente honrada, haya de haber siempre alguna mala cabeza. (*llaman dentro á la puerta de la izquierda*) Será él otra vez!

JORGE, *dentro.*

Cecilia... abre.

CECILIA.

Habráse visto mayor audacia... no he de responderle siquiera.

JORGE, *llamando mas fuerte.*

Abrirás?.. respónde... respóndeme ó echo la puerta abajo.

CECILIA, *acercándose á la puerta y hablando á Jorge.*

Os cansais en vano; la puerta está bien cerrada, y los cerrojos son seguros. (*Jorge llama de nuevo*) Os aconsejo, Milord, que me dejeis dormir, y que hagais vos otro tanto... (*Jorge llama mas fuerte*) Si continuais dando esos golpes hareis que acudan al ruido; no tendreis que echarme la culpa entonces, porque vos mismo os habreis comprometido á los ojos de las gentes de la posada... Todo el mundo sabrá que Milord, un noble Caballero, ha dado este escándalo por su criada... por su criada que rechaza sus obsequios porque la indignan...—Ah! gracias á Dios ya no llama... ha oido la voz de la razon... Bien, Milord, ese proceder es digno de vos, os le agradezco... Dormid tranquilo y sin remordimientos... en tanto que Cecilia ruega al cielo por vos.

Déjase caer de rodillas como para rezar su oracion. A poco tiempo se abre la vidriera del foro, y aparece Jorge en el balcon que no tiene barandilla; Cecilia dá un grito, se levanta, y próxima á desmayarse, se apoya en la mesa.

ESCENA XII.

CECILIA, JORGE.

CECILIA, *con terror.*

Ah! Milord!

JORGE, *con frialdad y cerrando la ventana.*

Si, yo soy. (*siéntase en una silla de la derecha; Cecilia retrocede hácia la izquierda al lado del velador*) Eh! no te hagas la sorprendida... ya te lo habia prevenido... quién tiene la culpa?.. Yo deseaba hablarte y no has querido escucharme, has tenido desconfianza de mí, y me has cerrado la puerta, he entrado por la ventana.

CECILIA.

Qué audacia!

JORGE, *sonriéndose.*

Lo es, no lo niego! por poco me mato! primeramente al descolgarme por la ventana á favor de las sábanas que son cojas... (*volviéndose hácia el lado por donde salió Jenkins*) Ese bribon de Jenkins podia tenerlas completas!.. Pero no era lo dificil bajar, sino trepar hasta ese maldito balcon de tablas carcomidas, á cincuenta pies sobre las rocas y el torrente.

CECILIA, *trémula siempre.*

Cielos!

JORGE.

Afortunadamente encontré al pie del balcon, para ayudarme á subir, un magnífico pino de Escocia, que parece colocado exprofeso por la Providencia.

CECILIA, *indignada.*

Ah! y os atraveis á añadir la impiedad...

JORGE.

A no ser por él, no hubiera logrado entrar aqui; y por lo tanto, Cecilia, si no tienes el corazon de piedra, debes agradecerme los peligros que he pasado por tí.

CECILIA.

Ah! nunca os crei con un corazon tan depravado!

JORGE.

No es depravacion, es fuerza de carácter... Me arrojaste el guante... yo aposté que me oirias... y mi honor estaba empeñado en esta apuesta.

CECILIA.

Pues bien, Milord, si no renunciais á vuestros indignos proyectos, os haré pasar una vergüenza que queria evitaros... se lo diré á vuestra tia.

JORGE, *turbado.*

A mi tia!

CECILIA.

Ah! parece que esa idea os arredra.

JORGE.

No, es otra cosa. (*conmovido*) Mi pobre tia te apreciaba, te protegia... yo tambien te protejo y te amo tanto como ella, y cien veces mas aun.

CECILIA.

Vos decís que me amais!

JORGE.

Por culpa tuya; ah! no lo dudes! Al principio solo era un capricho, una idea pasagera; pero te has burlado de mí, me has provocado... Los hombres, Cecilia, no son mas que orgullo y amor propio... mi honor está empeñado y tus voces de nada servirian, porque Jenkins y los demas criados estan bajo llave; nadie puede oirnos.

CECILIA.

Escepto Dios, que os mira y os juzga en este momento.

JORGE.

Pues bien, desafio hasta la cólera del cielo...

Dirígese á Cecilia que se abalanza al balcon y le abre.

CECILIA.

Deteneos! si dais un paso mas... me precipito desde este balcon.

JORGE.

Ah!

CECILIA.

Ah! ya no os temo, estoy segura de perecer.

JORGE.

Y puedes creerme capaz... (*dá un paso hácia ella; Cecilia aterrada se arroja al balcon; Jorge se detiene y cae de rodillas*) Ah! ya me detengo... no paso de aqui, te lo juro bajo palabra de Caballero.

CECILIA, *desviándose un paso del balcon.*

No sé si deba creer...

JORGE.

Entonces, manda, ordena... pon las condiciones que quieras.

CECILIA.

Oid. En primer lugar, quiero marcharme de aqui al instante... Ya empieza á rayar el dia, y quiero ponerme en camino inmediatamente para el castillo de vuestra tia.

JORGE, *de pronto.*

Conmigo!

CECILIA.

No, sin vos.

JORGE.

Sola...

CECILIA.

Ireis á despertar á Jenkins, ó á cualquier otro de la granja, y le direis que me acompañe.

JORGE.

Juro hacerlo; y ahora?

CECILIA.

Ahora, (*señalando á la puerta de la izquierda*) descorred ese cerrojo, abrid esa puerta, y entrad en vuestro cuarto.

JORGE, *dando un paso hácia ella en ademan de súplica.*

Cecilia! (*Cecilia vuelve á dar un paso hácia el balcon y Jorge retrocede al instante*) Ah! obedezco.

Entra en su cuarto obedeciendo al ademan de Cecilia. Al punto que ha salido, corre Cecilia á la puerta y echa el cerrojo; óyese dentro al mismo tiempo una trompa de caza.

CECILIA, *sola.*

Ah! (*corre a la ventana*) Sir Pelkam y sus amigos... habrán despertado á Jenkins que me acompañará al lado de la Marquesa, donde ya nada tendré que temer! (*déjase caer de rodillas*) O bienhechora mia! tambien esta vez te deberé mi salvacion!

Oyese dentro el chasquido de los látigos y el sonido de las trompas que anuncia la llegada de los cazadores.

ACTO SEGUNDO.

Una torre del castillo de Newcastle. Puerta al foro y laterales; encima de la puerta del foro, una lumbrera con barras de hierro. En primer término, á la izquierda, una reja, cuyos hierros deben estar muy juntos; velador y sillon al lado de la reja. Mesa con tapete y avios de escribir á la derecha. La habitacion debe estar rica y elegantemente amueblada segun el estilo gótico moderno.

ESCENA I.

MARGARITA, *limpiando los muebles.*

No me queda ya mas que este lado por arreglar, y dejo el castillo corriente para la llegada del amo!.. Voy á tener el gusto de darle un abrazo despues de tanto tiempo!.. Yo que le he criado!.. que le he llevado en mis brazos!.. que le he... (*dándose con la mano derecha en el reverso de la izquierda*) Quién me habia de decir que habia de verle ahora... hecho un mozo gallardo... uno de los principales caballeros de Inglaterra! Oh! y él no ha sido ingrato conmigo!.. De todos mis hijos de leche... que no han sido pocos gracias á Dios... y á que he tenido siempre un líquido soberbio, y personas que abonen mi conducta... de todos mis hijos de leche... mi pobrecito Jorge, Marqués de Newcastle, es el único que no me ha olvidado... Cuando estaba en Lóndres enviaba siempre alguna gratificacion ó algun regalo á su nodriza; ha conseguido un curato para mi hijo Reynolds, su hermano de lecho... y luego que ha muerto su tia, la Señora Marquesa, me ha mandado venir al castillo en clase de primer ama de llaves... de suerte que ya nadie me llama Margarita sino Mistriss Brown... Yo soy la que manda, la que dispone, y lo que es mejor aun... (*enseñando el manojo de llaves que lleva colgado á la cintura*) la que tiene las llaves de todo... Asi que no consiento que nadie hable mal de mi amo delante de mi... dígalo sino Jenkins el arrendador á quien por poco dejo sin cara el otro dia... Pues no faltaba mas!.. yo no quiero mal á nadie... pero no he de parar hasta hacerle perder el arriendo... y líbrele Dios de volver á poner los pies en el castillo, porque...

CECILIA, *dentro.*

Muchas gracias, Señor Jenkins, muchas gracias.

MARGARITA.

Eh?.. Jenkins?.. Y por parte de mañana... pues Señor, el dia va á empezar hoy por tormenta...

Encamínase hácia la puerta del foro que estará abierta y se encuentra con Cecilia.

ESCENA II.

MARGARITA, CECILIA.

MARGARITA.

Qué significa esto?.. una jóven!

CECILIA.

Que ha venido acompañada por el Sr. Jenkins, el cual no ha querido subir...

MARGARITA.

Lo creo... y por muy buenas razones.

CECILIA, *mirando á su alrededor.*

Si, Milord ha cumplido su promesa.

MARGARITA.

Cuál? qué hay? hablad.

CECILIA.

Que Milord ha pasado la noche en la posada de Jenkins, y le ha mandado que me acompañe hasta aqui.

MARGARITA.

A Jenkins?

CECILIA.

Si, Señora, pero lo raro es que el Sr. Jenkis no ha despegado sus lábios en todo el camino... parecia que tenia miedo de dirigirme la palabra..- por fin cuando llegamos á la puerta se resolvió á hablar y me dijo: en la torrecilla del norte encontrareis á Margarita, la nueva ema de llaves.

MARGARITA.

No podia haber dicho Mistriss Brown!

CECILIA.

En efecto!.. Hará poco que vos os habeis acomodado en el castillo, porque no creo haberos visto antes de mi marcha?

MARGARITA.

Algo hay de eso... qué teniais que mandarme?

CECILIA.

Nada por ahora... es muy temprano, y no quiero despertar á nadie... aguardaré... pero qui teneis una carta que Milord entregó á Jenkins para vos, poco antes de nuestra partida.

MARGARITA.

De mi hijo... de mi pobrecito Jorge, á quien yo he criado con la sangre de mis venas...

CECILIA, *que acaba de sentarse.*

Ah! con que sois...

MARGARITA.

Su nodriza... nada menos que eso. (*abriendo la carta*) Qué gusto!.. llegará hoy con varios amigos de Lóndres; me encarga una buena cena para esta noche; la tendrá, por la espada de S. Jorge! la tendrá... ya veis, es un estómago agradecido!.. quiere que yo me encargue siempre de lo que ha de llevar á la boca *sigue leyendo y dá un grito*) Ay! ya es demasiado, ya es demasiado, amo mio; yo os hubiera servido y adorado con toda mi alma, sin necesidad de esto!

CECILIA.

Pues que hay?

MARGARITA.

Mi hijo Reynolds que gracias á él era ya cura del pueblo...

CECILIA.

El Sr. Reynolds, digno y virtuoso pastor á quien la Marquesa apreciaba tanto.

MARGAAITA.

Le conoceis?

CECILIA.

Si por cierto..... es el honor y la virtud misma.

MARGARITA.

Pues es mi hijo; y hermano de leche de Milord, y capellan del castillo desde hoy, con doscientas libras esterlinas de sueldo... todo lo cual quiere decir que si viese á mi amo en este momento... como tengo que verle... me le comeria á besos y abrazos.

CECILIA.

Con que tanto le quereis?

MARGARITA.

No he de quererle?.. si es el amo mas noble y generoso...

CECILIA, *aparte.*

Qué lástima!

MARGARITA.

Por él... vamos... no sé lo que haria por él!.. pero ay! Dios mio!.. yo me estoy asi... sin acabar de leer su carta... (*continua leyendo á media voz mientras que Cecilia va á sentarse al lado de la mesa de la derecha*) «Jenkins acompañará al castillo á una jóven criada al lado de mi tia, Cecilia Andrews...» (*deteniéndose y mirándola*) En efecto, mi hijo Reynolds me habia hablado de ella! (*continuando*) Ademas es ahijada mia, y en atencion á esta doble circunstancia he resuelto dotarla y buscarla una colocacion digna de ella.» Qué buen Señor!.. (*continuando*) «Pero una inclinacion que no la conviene, y que todos desaprobamos, me obliga á diferir mis proyectos respecto de ella y á vigilarla eficazmente hasta que se avenga á la razon...» (*suspendiendo la lectura y mirándola*) Para que se vea... quién lo hubiera dicho con ese airecito de timidez y modestia?.. (*coniinuando*) A vuestro cuidado, escelente Margarita, dejo este encargo... tratadla con el mayor agrado y miramiento...» (*interrumpiéndose*) Esto ya es pasarse de bueno; yo soy muy rigorosa sobre este punto... (*continuando*) «Pero que no vea á nadie, que no hable con nadie, ni pueda bajo ningun pretesto, salir del castillo antes de mi llegada...» (*hablando*) Es muy justo, y hace muy bien en contar conmigo. (*alto*) Decidme, Miss Cecilia Andrews.

CECILIA.

Ah! sabeis mi nombre?

MARGARITA.

Milord me ha instruido de todo.

CECILIA, *sorprendida.*

Qué decis?

MARGARITA.

Y sin meterme á haceros reflexiones sobre el modo que habeis tenido de agradecer sus bondades... porque, como os decia hace poco, es el mejor de los amos... deseo que esta habitacion sea de vuestro gusto, pues desde hoy será la vuestra.

CECILIA, *sonriéndose.*

Os doy las gracias, Mistris Brows, pero no llevareis á mal que aguarde á recibir antes las órdenes del ama del castillo, de Lady Sara, Marquesa de Newcastle!

MARGARITA, *sorprendida.*

Qué quereis indicarme con eso?

CECILIA.

Que os suplico la noticieis mi llegada en cuanto esté despierta.

MARGARITA.

Ah! la pobre Señora, no se despertará ya nunca!

CECILIA

Cielos! mi protectora!..

MARGARITA.

Ignorais que ha muerto?

CECILIA, *dando un grito.*

Muerta... (*despues una pausa*) Oh! he perdido mi apoyo, mi salvacion, mi segunda madre!... ya no la veré mas!

Deja caer la cabeza entre sus manos y reza

MARGARITA.

Pobre niña!.. qué afliccion! No hay duda que es una gran pérdida!.. pero en medio de todo, habeis tenido la suerte de encontrar en su sobrino un protector tan solícito y generoso como ella!

CECILIA, *levantándose y yendo á tomar su sombrerillo y capa de la silla del foro donde los dejó.*

Ah! no... no me es posible permanecer mas tiempo en este castillo. Quedad con Dios, Mistriss... me marcho.

MARGARITA.

No puede ser.

CECILIA.

Por qué?

MARGARITA.

Milord me lo ha prohibido.

CECILIA.

Prohibido que me dejeis marchar?

MARGARITA.

Eh! sí por cierto; dónde habiais de ir vos, pobre huérfana?

CECILIA.

No os cuideis de eso; yo me lo sé.

MARGARITA.

Y yo lo adivino! pero he ahí justamente lo que quiere estorbar Milord, porque esa inclinacion os ha de perder.

CECILIA, *sorprendida.*

De qué inclinacion quereis hablar?

MARGARITA.

Oh! ya sé que no habeis de convenir en ello! estoy avisada, y por lo tanto he escusado preguntaros vuestro secreto... pero creedme, hija mia, renunciad á esos amores, y olvidadlos para siempre... Bien sé que eso es dificil al principio; tambien á mí me ha pasado... pero poco á poco se va borrando... y á la larga, á la larga acaba uno por no acordarse de ello siquiera, y casarse y cumplir con los deberes del santo matrimonio... Mi difunto responderia por mí si estuviese delante.

CECILIA.

Por quien soy, Mistriss, que os estoy escuchando y no os entiendo...

MARGARITA.

Oh! eso ya pasa de raya... y quiero haceros ver que es inútil que finjais conmigo... tomad, tomad... leed el final de esa carta.

CECILIA, *leyendo y aparte.*

Oh! qué doblez! qué torpe engaño, Dios mio!

MARGARITA, *mirándola.*

Ya veis que lo sé todo.

CECILIA.

Oh! no es verdad... no es verdad!

MARGARITA.

Y os atreveis á negarlo todavia!...

CECILIA.

Oh! lejos de mí la idea de acusar á Milord!... el cielo me es testigo de que queria ocultar este secreto... callarlo á todo el mundo... pero él me obliga á defenderme y á dar á conocer la verdad!.. Sabed, Mistriss, que ha sido él al contrario el que...

MARGARITA.

Qué osais decir?

CECILIA.

El, que alucinado por un mal pensamiento...

MARGARITA, *pasando al lado del velador.*

Callad!.. callad!.. todo os lo hubiera perdonado, porque al fin una jóven no es dueña de tener una inclinacion, un capricho... pero acusar á Milord!.. calumniarle!

CECILIA.

Pero si...

MARGARITA.

Quitad... quitad allá!.. es un escándalo!.. y ahora creo que sois capaz de todo.

CECILIA.

Cuando os digo...

MARGARITA.

Atreverse á suponer que Milord ha pensado en vos!.. que ha ido á poner los ojos en una vasalla suya... en su criada!.. él, que no tiene mas que escojer entre todas las damas de dentro y fuera de la corte!.. Sí Señora, Duquesas y Marquesas andan perdidas por él; yo lo sé de buena tinta, y no me admiro de ello, porque es muy buen mozo, muy elegante y nadie se le resiste... como que yo le he criado!

CECILIA.

Pero escuchadme...

MARGARITA.

No, no escucho nada!.. Aqui tenemos otra como Jenkins el arrendador... Ese es el pago que dan á su pobre amo despues de los beneficios que les ha dispensado!.. Un Señor tan bueno, tan caritativo... que quiere acomodarla... que quiere casarla!.. Sois una desagradecida... una desagradecida, lo ois?.. Se acabó el interés que me habia tomado por vos... ahora ejecutaré con el mayor rigor las órdenes de Milord, y por primera providencia os voy á dejar aqui bajo llave, hasta que él venga.

Vase cerrando de golpe la puerta del foro.

ESCENA III.

CECILIA, *sola.*

Se vá... y me deja encerrada!.. Ah! yo misma he caido en el lazo que me tendia, por darme prisa á huir de él! yo misma he venido á ponerme en sus manos!.. Sí, si, ahora recuerdo las palabras que mediaron entre él y Sir Pelkam esta mañana, y que no entendí entonces: Milord le decia: «Saldré con la mia.» Y el otro le contestó riendo: «Apuesto á que no.»—«Yo apuesto á que sí.»—«Mil guineas!» «Mil guineas!»—«Está dicho; hoy?» —«Hoy mismo!» Ah! de mi hablaban! Quién me favorecerá? quién podrá salvarme, en este castillo donde él dispone y manda?.. deshonrada... perdida!.. aun cuando quisiera librarme de su persecucion á costa de mi vida como ayer, me es imposible hacerlo. (*mira á su alrededor*) Esta torre de S. Dunstan que he reconocido en cuanto entré... tiene por todas partes rejas y candados... y mis voces no lograrian traspasar sus macizas paredes. (*acercandose á una tronera de la izquierda*) Apenas si se alcanza á ver el campo desde esta abertura. Estamos á orillas del camino, porque al pie de esta torre veo pasar gente... aldeanos con provisiones; irán ó volverán á la aldea. (*mirando entorno suyo y reparando en los avios de escribir*) Ah! un medio de salvacion! (*siéntase y escribe*) Sí, es imposible que no haya algun alma caritativa que se encargue de llevar esta carta al Sherif ó á cualquiera de los magistrados del Condado. Si, pongamos el sobre: «Una desgraciada suplica á la persona que encuentre este pliego le lleve luego... (*repitiendo*) luego al Sherif del Condado» (*cierra el pliego, se acerca á la tronera y dice, arrojandole por ella*) Sí, le he seguido con la vista... ha llegado al suelo. (*con alegría*) Viene gente. Ah! pasan sin verlo!... Detrás de ellos viene una muger que vá al mercado... se detiene!... se baja á cojerle. O Dios mio, no sabe leer sin duda, y le vuelve á tirar ¡ Qué desgraciada soy! No, no, se le enseña á uno que pasa á caballo... se le dá... lee el sobre... Ah! si pudiese verme... si yo pudiese hacerle señas.... pica espuela... se aleja pausadamente... no, sale á galope... corre á casa del Scherif. Dios mio! te doy las gracias! me has salvado! (*óyense descorrer los cerrojos de la puerta del foso*) Alguien viene! Es Milord! (*déjase caer en un sillon de la ventana.*)

ESCENA IV.

JORGE, CECILIA.

JORGE, *desde el foro del teatro y aparte.*

Héla allí tranquila é inmóbil, cuando yo esperaba quejas y reconvenciones! (*alto y acercandose á ella*) Veo con gusto, Cecilia, que mi presencia no te inspira desconfianza ni sobresalto.

CECILIA, *despues de levantarse, con dignidad y conmocion.*

Si alguno debe turbarse en este sitio, no soy yo, Milord! En esta misma torre, me ha hablado vuestra tia muchas veces del honor de su estirpe, y de la hidalguia de sus antepasados... Ninguno de ellos habia faltado á su palabra, ni deshonrádose con una villania; esto es lo que ella entonces me decia; qué diria ahora Milord?

JORGE.

Diria que me gustas, que me pareces hechira, y no debia acusar de ello sino á si propia que con la esmerada educacion que te ha dado, te ha hecho superior á tu clase y nacimiento. ¡Culpa suya es y no mia, si hablas y discurres de muy diferente modo que una aldeana!

CECILIA.

Entonces los dos traspasamos los límites de nuestra clase; porque vos, Milord, no obrais como caballero.

JORGE, *con altivez.*

Cecilia!

CECILIA.

Y en este olvido mútuo de condiciones, la ventaja está á favor mio.

JORGE, *con ironía.*

Veo que tu educacion ha sido completa; petulante, misionera y moralista. Siento no haberte dado el empleo con que acabo de agraciar al pastor Reynolds!

CECILIA, *ofendida.*

Milord!

JORGE.

Hubieras predicado con sumo primor, porque reunes para ello todas las cualidades y virtudes necesarias... escepto una... la prudencia! (*sonriéndose*) Confiesa que es preciso tener muy poca para ponerse á insultar al que te tiene en su poder.

CECILIA, *asustada.*

Cielos!

JORGE.

Tranquilízate, soy mas Caballero que lo que tu acabas de suponer, y me avergüenzo de mi conducta de ayer.

CECILIA.

Cómo!

JORGE.

Si, ayer en un momento de ceguedad, pude muy bien recurrir á la violencia, no te habia mirado con detencion, no te conocia, no te amaba... pero hoy es diferente; ignoro lo que por mí pasa, y si no estuviéramos solos, me sonrojaria de confesarlo... pero tu altivez, tu valor, tu misma resistencia quizá, han despertado en mí un sentimiento desconocido que no puedo esplicarme... pero que existe. Ya nada tienes que temer de mi... te respeto... te amo!

CECILIA.

Vos!

JORGE, *con viveza.*

Por mis obsequios, por mi ternura es como pienso únicamente interesar tu insensible corazon!.. (*con cariño*) Si tu quieres, Cecilia, no habrá ni Duquesa, ni Señora principal que no envidie tu suerte! Dicen que soy jóven, que soy rico, que me aguarda un risueño y brillante porvenir! Tú serás ese porvenir! emplearé mis riquezas en agradarte, y mi juventud en amarte mas tiempo.

CECILIA, *algo conmovida.*

Ah! Milord! callad! callad!

JORGE.

Tuyo es este castillo, donde te creias presa; desde ahora te pertenece como á mi. Habla! manda! yo no haré mas que obedecerte... aqui... en Lóndres, adonde iremos y nos presentaremos juntos, donde tú las eclipsarás á todas, donde yo, envanecido de mi triunfo, podré decirles: antes solo era rico, ahora soy feliz.

CECILIA.

Eso es mucho, Milord... eso es mucho sin duda á vuestros ojos... pero no es bastante á los mios, porque todas las riquezas que me ofreceis, no valen el precio á que habria de pagároslas!

JORGE.

Me rechazas?

CECILIA.

Si, dejadme huir de estos sitios, en los cuales temo y padezco por vos.

JORGE.

Por qué?

CECILIA.

Porque á cada paso me parece que mi noble Señora, que vuestra pobre tia os está oyendo...

JORGE, *de pronto.*

Calla!

CECILIA.

Dejad huir á una mísera aldeana, que no quiere ser mas que lo que es!

JORGE.

Y dónde has de ir?

CECILIA.

A casa de algunas gentes honradas!..

JORGE, *con indignacion.*

Ah!

CECILIA.

Perdonad, Milord! á casa de algunas gentes honradas, quise decir, á quienes serviré... y querré sin remordimientos.

JORGE.

Separarte de mi!... perderte!... nunca!... quiero que te quedes.

CECILIA.

Vos no podeis exigir eso nunca Milord: quedarme, seria para mi deshonra y envilecimiento.

JORGE.

Y marcharte, seria para mi desgracia eterna!... Te hallas en este momento en mi casa, en mi poder, y nadie logrará arrancarte de él.

CECILIA.

Dios sabe.

JORGE.

Quien se atreverá á intentarlo?

CECILIA.

Personas cuyo auxilio he invocado.

Llaman á la puerta.

JORGE, *colérico.*

Ah! con que tal es tu odio hácia mi, que

cuando yo queria tratarte como soberana y señora, tu me tratabas como á opresor y tirano?... Oh! no esperes ya piedad... vuelvo á recobrar todos los derschos que tengo sobre tí.

Llaman de nuevo.

CECILIA.

Haced lo que gusteis... ya no os temo.

Jorge se dirige á abrir la puerta del foro.

ESCENA V.

DICHOS, JORGE *á la derecha del espectador,* PELKAM *en medio.*

JORGE, *enojado.*

Quién llama?

PELKAM, *viendo á Cecilia.*

Ah! ah!.. adivino porque tardabas tanto en abrirme... Mira, es lástima que no sea buen tono... porque me parece que habia de querer unas migajas á esa muchacha!

JORGE.

Eh! déjame en paz! Vamos, qué traes?

PELKAM.

Siento en el alma incomodarte .. pero un magistrado debe ante todo cumplir con lo que la ley previene, y con sus conciudadanos... y al magistrado es á quien vengo á dirigirme en este momento.

CECILIA.

Qué decis?

PELKAM.

Milord es el Sherif del condado; acabo de saberlo.

CECILIA.

Cielos!

PELKAM.

Honrosa distincion que sus virtudes le han hecho obtener por unanimidad en las últimas elecciones.

JORJE, *impaciente.*

Bien, hombre, acaba.

PELKAM.

Se conoce que aqui es gente que lo entiende en esto de elecciones. Si en todas partes hacen lo mismo...

JORJE, *idem.*

En fin, qué es lo que traes, qué tienes que decirme?

PELKAM.

Que hace poco me dirijia aqui á caballo para cumplir con tu obsequiosa invitacion, cuando al llegar al otro lado del parque me enconté á una aldeana que me entregó un pliego que acababa de hallar en el suelo y cuyo sobre contenia la siguiente patética inscripcion. «Una desgraciada suplica á la persona que encuentre este pliego, tenga á bien entregarle luego... luego al Sherif del condado.»

CECILIA, *aparte.*

Soy perdida.

PELKAM.

Ya puedes figurarte que yo, que soy de club filantrópico, al cual no asisto nunca, no podia despreciar la ocasion de hacer una obra de caridad en medio del camino real... Metí espuelas y corrí á la aldea á preguntar donde vivia el Sherif; me enseñaron los torreones del castillo, diciéndome el nombre del virtuoso amigo en cuya casa voy á cenar... lo cual me ha venido como de molde, porque sin molestarme habré contribuido á salvar á la inocente que reclama tu auxilio por esta misiva!.. Señor Sherif.

Le entrega el pliego.

JORGE.

Bien está: te lo agradezco infinito (*mirando á Cecilia que baja la cabeza y se deja caer sobre un sillon*) Una vez que me piden justicia, la haré; déjanos!

PELKAM.

Si carísimo y *honorable* magistrado!.. líbreme el cielo de detener el curso de la justicia! (*en voz baja*) Oyes, la niña está aqui; segun veo va bien?

JORGE, *despechado.*

Muy bien!

PELKAM, *aparte.*

Qué suerte tiene! (*alto*) Y sigue la apuesta?

JORGE, *idem.*

Sigue.

PELKAM.

Miedo me tengo de perder las mil guineas...

CECILIA, *en voz baja á Pelkam, mientras Jorge está pensativo.*

En nombre del cielo, caballero, salvadme! libertadme!

PELKAM, *aparte.*

Qué está diciendo?

CECILIA, *idem.*

No me queda mas esperanza que vos.

PELKAM, *aparte.*

He ganado!

JORGE, *volviéndose.*

Eh?.. qué es eso?

PELKAM.

Nada... mis amigos que estan ahi esperándote.

JORGE.

Hazles los honores en mi nombre! Al punto soy con vosotros.

PELKAM, *haciendo señas de inteligencia á Cecilia desde lejos.*

Sí, ya sabes que se puede contar conmigo para cualquier lance... haré por ocupar dignamente tu puesto.

Vase Pelkam por la puerta del foro que cierra despues Jorge.

ESCENA VI.

JORGE, CECILIA, *poco despues* MARGARITA.

Margarita á la derecha, Cecilia en medio.

JORGE, *severamente á Cecilia.*

Ahora veremos.

CECILIA *viendo á Margarita que sale por la puerta de la izquierda y corriendo á ella*

Ah! Mistriss Browns!.. amparadme... no os separeis de mi!

JORGE, *enojado y aparte.*

Margarita!

MARGARITA.

Qué es esto?.. no estabais antes tan valiente? por qué temblais ahora?.. Ah! ah! temeis los justos cargos y reconvenciones de Milord?

CECILIA.

Sí, eso es.

MARGARITA.

Y quereis que yo interceda por vos?

CECILIA, *deteniéndola por el vestido.*

Si... si... no os marcheis.

MARGARITA.

Perded cuidado... me quedo... hablaré en favor vuestro.

JORGE, *sin poderse contener apenas.*

Vamos!... no faltaba mas que esto!

MARGARITA.

Y eso que no lo mereceis... porque si Milord supiese todo lo que habeis echado por esa boca contra él!.. Atreverse á suponer que os habiais enamorado de ella!.. una chicuela!... una aldeana!... y decir que queriais seducirla!.. habrase visto mayor orgullo!..

JORGE, *á Cecilia.*

Ah! esos son los miramientos que se tienen conmigo!.. la Señorita la echa de heroina de novela, de beldad desgraciada y oprimida... no solo en mi casa y con los de la familia, sino que busca por fuera los medios de deshonrarme y me ha delatado ante la autoridad...

MARGARITA, *juntando las manos.*

Ah! no es posible!

JORGE, *enseñándole la carta que tiene en la mano.*

Aqui teneis la prueba... esta carta escrita por ella... y dirijida al Sherif... contra mi.

MARGARITA, *dando un grito.*

Ah! qué ingratitud!.. me callo; dejo de hablar por ella... es una maldad que no merece perdon!

JORGE, *enfadado.*

Y no tiene ya que esperarle de mi. (*dando con la mano en la carta*) Yo me portaré como se han portado conmigo, y volveré ofensa por ofensa.

MARGARITA.

Hareis bien!

CECILIA, *acercándose en actitud de quien suplica.*

Margarita!..

MARGARITA, *separàndose de ella.*

No os acerqueis á mí!

Vá á sentarse á la mesa de la izquierda, y se pone á hacer calceta, mientras que Jorge se sienta á la derecha y abre la carta que lee en voz baja.

JORGE, *leyendo.*

«Señor Sherif: la que os implora es una pobre huérfana!.. Educada en el castillo de Newcastle por la bondad de la Señora Marquesa, he quedado sin apoyo á consecuencia de su muerte, y en este momento en que escribo, su sobrino, su noble y digno heredero, no ha llegado aun!» (*deteniéndose y mirando à Cecilia*) Ah! (*continuando*) «Presa sin su noticia en el mismo castillo, por sus criados que se engañan sin duda, ó que han interpretado mal las leales intenciones de su amo, os suplico que convencido de cuales serian las órdenes que en este caso diese el Señor Marqués de Newcastle, me mandeis poner inmediatamente en libertad.» (*deteniéndose*) Es posible! (*continuando*) «Esta noble determinacion, Señor Sherif, os hará acreedor al eterno agradecimiento de una jóven que os confudirá en sus bendiciones con sus nobles amos y bienhechores, por quienes queda rogando en este momento al cielo...»

Interrumpe su lectura y vé á Cecilia que acaba de postrarse de rodillas á su lado.

MARGARITA, *viendo caer de rodillas á Cecilia.*

Ah! asi debia haberse puesto desde un principio.

JORGE, *levantándola.*

No, no, alza del suelo. (*aparte*) Tantas consideraciones, tanta delicadeza!.. conmigo que tan poco digno era de ellas... Ah! aun cuando debiese perder mi reputacion con todos los que me conocen... (*alto*) Vete, vete, estas libre.

Margarita á la derecha. Jorge en el centro.

CECILIA, *con alegria.*

Cielos!

MARGARITA, *fuera de sí.*

Es imposible, yo he oido mal... la perdonais... despues de lo que ha pasado!

JORGE.

Sí... y asi Dios perdone del mismo modo á todos los culpables!

CECILIA, *con ternura y confianza apretándole la mano á hurtadillas.*

Gracias, gracias, padrino mio.

JORGE, *exhalando un suspiro.*

Ah! (*recobràndose*) Con una condicion, no obstante.

CECILIA.

Cuál?

MARGARITA.

En hora buena, porque algun castigo ha de llevar.

JORGE, *con alguna turbacion.*

Que como podria ser... que... á pesar mio y sin poderlo remediar, me arrepintiese de lo que acabo de hacer... porque siento todavia...

MARGARITA.

Un tantico de enfado...

CECILIA, *con donaire.*

No, padrino mio, no sentireis nada, ya se pasó.

JORGE.

Si, pero pudiera volver, y para mayor seguridad, exijo que te marches...

MARGARITA, *aprobando.*

Eso es, despedirla... me parece bastante castigo.

JORGE.

Que te alejes de aqui... que te cases.

MARGARITA, *atónita.*

Que se case!

JORGE.

Yo me encargo de la dote.

MARGARITA, *idem.*

Y la dota!

JORGE *dirigiéndose hácia el foro enmedio de su agitacion.*

Trescientas guineas... quinientas, si no es bastante.

MARGARITA.

Es dar un mal ejemplo despues de lo que ha hecho... es dar una prueba de debilidad... (*cambiando de tono y con ternura*) no, no, de bondad... ah! reconozco en ese rasgo á mi hijo, á mi Jorge... (*á Cecilia*) Qué tal? cuando yo os lo decia...

Margarita pasa al centro; Jorge se queda en la derecha, Cecilia en la izquierda.

CECILIA.

Ah! teneis razon, Margarita.

JORGE, *sentandose al lado del velador.*

Por lo que hace á marido, elige el que quieras, pero elígele pronto.

CECILIA, *acercandose.*

Ved vos mismo.

Jorge en la derecha, Cecilia en el centro.

JORGE.

Te convendria Jenkins, ese arrendador donde cenamos anoche?

CECILIA.

No mucho.

MARGARITA, *pasando al lado del velador.*

Y ademas se llevarian demasiado bien, porque él siempre está hablando mal de Milord.

Margarita á la derecha, Jorge sentado. Cecilia á la izquierda.

JORGE.

Preferirias sino al hijo de Margarita, á Reynolds, nuestro ministro?

CECILIA.

Es un jóven escelente!

JORGE, *celoso.*

Le amas?

CECILIA.

Vuestra tia le estimaba mucho.

JORGE *idem.*

Es decir que le amas?

CECILIA.

Como á un amigo.

JORGE, *con mucha prontitud.*

Prefiero que te cases con el otro, con el arrendador.

CECILIA.

Qué decís?

MARGARITA.

Y yo tambien. (*bajo á Jorge*) Despues de la conducta que ha observado con vos, me temo que no hiciese feliz á mi hijo.

JORGE, *conmovido.*

Tienes razon, ninguno de los dos... yo la buscaré otro... contigo, Margarita que conoces á todo el pueblo... tu me ayudarás y

escogeremos lo mejor que haya... Ven...

Vase por la puerta de la derecha.

MARGARITA.

Ya os sigo, Milord. (*le sigue hasta la puerta. Despues dice á Cecilia que se queda inmóvil siguiendo á Jorge con la vista*) Y os quedais asi parada! y no correis á echaros á sus pies! y despues de las indignidades que habeis dicho de él, de las infamias que le habeis supuesto... no le quereis todavia... no le adorais como yo!

CECILIA.

Qué sabeis vos?

MARGARITA.

Qué sé yo... sé, sé que hay personas incapaces de sentir, y que vos sois de ese número. (*gritando desde la puerta de la derecha*) Allá voy, Milord, allá voy.

ESCENA VII.

CECILIA, *sola.*

Que soy incapaz de sentir, que no esperimento nada, dice... Oh Dios mio! Y vos noble bienhechora, protegedme contra mi misma, porque conozco que desde que es generoso, le amo á pesar mio! (*á este tiempo dejan caer por la lumbrera del foro una piedra á la cual viene atado un papel*) Qué papel es este?... quién me le envia? (*leyendo la firma*) «Enrique Pelkam.» Hermosa Miss, habeis reclamado mi auxilio...» Gracias al cielo es inútil ya... «Y me apresuro á manifestaros que podeis contar con él. Jorge ha apostado mil guineas conmigo á que hoy mismo seriais suya...» Ah! hizo mal, era una accion indigna de él, pero por fortuna ha renunciado á su apuesta y á sus proyectos. (*continundo la lectura.*) «Y yo por mi parte debo, para frustrar sus intentos, preveniros de los medios que estan mas generalmente en uso: cuando por casualidad encontramos resistencia, echamos mano de las protestas de amor y de las ofertas; cuando estas son rechazadas, recurrimos como en Clara Harlowe, al capítulo de los brevajes que narcotizan, ó como en el Vicario de Wakefield á los enlaces fingidos, á los casamientos falsos, en los que la bendicion de un cualquiera disfrazado de sacerdote desvanece hasta el menor escrúpulo... Vivid muy sobre vos, porque probablemente uno de estos medios será el que se ponga en juego; y si, por dicha vuestra, lograis burlar la vigilancia de vuestro seductor, hallareis á cualquier hora en el patio del castillo, una berlina amarilla dispuesta para salvaros.—Vuestro respetuoso y seguro servidor, Enrique Pelkam.»—Qué significa esto?.. Qué perversidad!.. atreverse á suponer que Milord...—Es el caso que hasta ahora todo ha pasado ni mas ni menos que él dice... (*señalando al final de la carta*) y luego lo que me avisa á lo último... ah! seria infame... despues de sus protestas... y de la palabra que me ha dado... (*de pronto*) No, no puedo creer que mi Señor sea capaz... tal pensamiento es un crímen, y me arrepiento de haberle dado siquiera cabida en mi alma.

ESCENA VIII.

CECILIA, MARGARITA *que viene por la puerta de la derecha.*

MARGARITA, *fuera de sí.*

Vamos, esto es cosa de volverse loca... yo no puedo consentir... (*reparando en Cecilia*) Ah! aqui está: sois vos, niña del alma?

CECILIA.

Si, Señora, acabo de recibir esta carta de Sir Pelkam, que iba á leer ahora mismo á Milord.

MARGARITA.

Para cartas estamos! Cómo quereis que lea si ha perdido la cabeza!

CECILIA.

Qué decis?

MARGARITA.

Es preciso que le hayan hechizado, Dios me perdone, porque á no ser asi... Si, Señora, lo que ois... estábamos ahi, en su cuarto, revolviendo el mundo para buscaros marido, y á cada uno que yo le proponia, me contestaba lleno de cólera: No, no, no quiero que se case con ese... que Dios la libre de hacerlo... porque si aceptase...

CECILIA.

Ay Dios mio!

MARGARITA.

Despues se puso á pasear atropelladamente, sin hacer caso de lo que yo le hablaba... y por último, me dijo con voz muy conmovida y apretándome la mano: «Ve á buscarla, y dile de mi parte que no quiero ya que se marche... que esta noche... sin que nadie lo sepa...»

CECILIA, *asustada.*

Qué?

MARGARITA.

Vamos, si no puedo acabar de creerlo, apesar de haberlo oido yo misma.

CECILIA, *trémula.*

Pero, el qué?

MARGARITA.

Locura semejante!.. y con quién?.. con una criada... con una vasalla!

CECILIA, *fuera de sí.*

Qué es en fin...

MARGARITA.

Pero no tiene escape... por mas que yo quiera dudarlo... he oido de su propia boca que me decia: «Prevenla que esta noche nos unirán en secreto en la capilla del castillo.»

CECILIA, *con iudignacion.*

Casarse conmigo, en secreto?

MARGARITA.

Eh?.. no es verdad que está loco rematado!

CECILIA, *mirando á la esquela que tiene aun en la mano.*

Ah! lo que me avisaba Sir Pelkam!.. tan indigna accion! él!..

MARGARITA.

El... él mismo... (*colérica*) no aguarda mas que vuestra respuesta.

CECILIA, *indignada.*

Mi respuesta?.. Decid á Milord que rehuso, y que le desprecio.

MARGARITA, *dando un grito y dejándose caer en un sillon.*

Ah!

Vase Cecilia por la izquierda, llevándose los avios de camino.

ESCENA IX.

MARGARITA, *sola.*

Qué es lo que acabo de oir!.. estoy atónita!.. Qué cosas ve una en el dia!.. En mi tiempo cuando un Grande ponia los ojos en una criada, lo hacia respetando su clase... y la moral... pero en el dia!.. es un escándalo... una relajacion!.. las criadas se resisten á sus amos... y los amos tienen la poca aprension de casarse con ellas!

ESCENA X.

MARGARITA, JORGE, *que sale por la puerta de la derecha.*

JORGE, *con semblante alegre.*

Qué hay, Margarita, la has visto?

MARGARITA.

Demasiado!

JORGE, *idem.*

Y su sorpresa, su admiracion...

MARGARITA.

No igualan ni con mucho á la mia; rehusa.

JORGE.

Cielos!

MARGARITA.

Rehusa y os desprecia — estas son sus propias palabras.

JORGE, *atónito.*

No es posible!.. Vuélvemelo á decir.

MARGARITA.

Ah! no me hagais repetir esa insolencia.

JORGE, *fuera de sí.*

Ella! Cecilia!

MARGARITA.

Asi vereis lo que es tenerse en menos de lo que uno vale, lo que es rebajarse hasta ese punto.

JORGE.

Rehusar mi mano... por qué razon?... qué pretesto?...

MARGARITA.

Ninguno... Cuando he entrado aqui estaba muy alegre, y tenia una carta en la mano que queria ir á enseñaros, segun decia.

JORGE.

A mí?

MARGARITA.

Una carta de Sir Pelkam.

JORGE.

El! mi rival! el primero que quiso seducirla... y que por quitármela es capaz de todo!.. Conque es á él á quien prefiere!

MARGARITA.

Quitad allá!.. sois mucho mejor mozo y mas rico que él.

JORGE.

Qué importa eso, si le ama?.. Ah! y ahora que recuerdo... me parece haber visto desde mis balcones una berlina dispuesta en el patio del castillo, dentro de la cual estaba Pelkam... No me queda duda, pensará marcharse con él.

Encamínase precipitadamente hácia la puerta del foro

MARGARITA, *corriendo á él.*

Señor... Señor.. qué vais á hacer?

JORGE, *deteniéndose.*

Ah! dices bien... batirme por una apuesta ganada lealmente, por unos amores, por una vasalla que otro me arrebata seria ponerme en ridículo. No, no, estaba loco, no sabia donde tenia la cabeza (*violentándose*) debo por el contrario darme el parabien.

MARGARITA.

Si, Milord.

JORGE, *esforzándose en parecer alegre.*

Debo alegrarme... debo reirme de ellos.

MARGARITA.

Si por cierto.

JORGE, *haciendo por reir.*

Y esta noche quiero ser el primero en burlarme de los dos delante de todos.

Ocúltase el rostro entre las manos.

MARGARITA.

Cielos! llorais! vos, Milord... querido amo mio!

JORGE.

Si, me avergüenzo de ello, si, la amaba... y en este momento que la maldigo y la desprecio, la amo todavia.

MARGARITA.

Vos, Dios de piedad!

JORGE, *de pronto.*

Calla, que nadie lo sepa, va en ello mi honor, mi reputacion... me veria perdido si supiesen que he llorado.

MARGARITA.

Nadie lo sabrá mas que yo... y conmigo no hay cuidado... no hay porque reprimiros, hijo mio.

JORGE, *sollozando y arrojándose en sus brazos.*

Escelente Margarita! (*desprendiéndose al oir ruido y procurando hacer ver un semblante risueño*) Alguien viene!.. es ella!

ESCENA XI.

CECILIA, JORGE, MARGARITA.

Cecilia sale vestida como en el primer acto, con el sombrerito de paja en la cabeza, y el lio debajo del brazo.

JORGE, *con tono brusco.*

Qué buscais aquí?... qué quereis?

CECILIA, *con serenidad.*

De todas las ofertas que Milord se ha dignado hacerme, solo hay una que deseo lleve á efecto, y por la que le estaré siempre agradecida.

JORGE.

Cual es?

CECILIA.

El permiso que me dió hace poco para salir de esta casa inmediatamente.

JORGE.

Sois dueña de hacer uso de él cuando os plazca... abiertas teneis las puertas del castillo.

MARGARITA, *bajo á Jorge.*

Muy bien!.. asi es como conviene que la hableis.

JORGE.

No tengo empeño alguno en saber adonde vais, ni qué nuevo amo os espera...

CECILIA.

Sea cualquiera la casa donde haya de presentarme, una pobre criada como yo no puede hacerlo sin un informe vuestro, Milord.

JORGE, *enojado.*

Mio!

MARGARITA, *bajo á Jorge.*

Un certificado de buena conducta, es costumbre recibida... no podeis negársele.

JORGE, *encolerizado.*

Cómo, hé de certificár yo...

MARGARITA.

Que es una buena muchacha... que no os ha engañado...

JORGE.

Y si al contrario...

MARGARITA.

No importa... se dice aunque no sea... es cosa sabida. (*le obliga á pasar á la derecha cerca de la mesa, y Jorge se sienta á escribir*) Ay, Dios mio!

JORGE.

Qué tienes?

MARGARITA.

Mi hijo! mi pobre hijo!

JORGE.

Reynolds el capellan!

MARGARITA.

Si Señor, que le avisé antes para vuestro casamiento.

CECILIA.

Cielos, era el Sr. Reynolds vuestro hijo!..

MARGARITA.

Si Señora... bajó á la capilla donde estarán esperando todavia... no le hemos mandado que se retire.

JORGE.

Anda á decírselo.. al instante.

MARGARITA.

Y vuestros amigos que os esperan ademas para sentarse á la mesa! No sé dónde tengo la cabeza! Voy y vuelvo corriendo! Pobre hijo mio!

Vase corriendo por la puerta de la derecha.

ESCENA XII.

CECILIA, *á la izquierda*, JORGE *escribiendo en la mesa de la derecha.*

CECILIA, *aparte y sumamente conmovida.*

Reynolds el pastor! luego no era un casamisnto falso! Ah! qué es lo que he hecho?

JORGE, *escribiendo.*

Con que he de ser yo el que os dé el certificado...

CECILIA.

No tengo á quien pedírsele mas que á vos, Milord... porque no he servido en mas casa que la vuestra.

JORGE.

Es verdad. Quiera Dios que en la que vais á entrar... y que yo conozco...

CECILIA.

Milord sabe entonces mas que yo!

JORGE.

Dejaos de fingimientos. Tomad, ahi teneis lo que deseábais... llevádselo de mi parte al amo que preferis.

CECILIA.

Milord!

JORGE.

No intento ya deteneros .. id... y quiera el cielo apartar de vos todo pesar y remordimiento... Vamos (*á Cecilia que recorre la esquela con la vista*) no habeis oido que os marcheis!... qué aguardais?

CECILIA.

En ley y conciencia, Milord, yo no puedo entregar á nadie una certificacion asi.

JORGE.

Y por qué, quereis decirme?

CECILIA.

Juzgad vos mismo. (*leyendo*) «Cecilia Andrews, á peticion de la cual va espedido este certificado, es una muchacha honrada...»

JORGE.

Y bien!

CECILIA, *continuando.*

«Pero embustera, pérfida y falsa, pues ha engañado á su amo, á su amo que la amaba y la ama todavia.

JORGE, *asombrado.*

Yo he escrito eso?

CECILIA, *leyendo.*

«Y prevengo al que piense admitirla en su casa, que si la recibe, si la da asilo tendrá que batirse conmigo á muerte.» Estais en vos, Milord?

JORGE, *volviendo á cojer la carta con rabia.*

Si, si, esos últimos renglones los he escrito yo, y ratifico lo que dicen, porque el que tu amas no puede ser sino un falsario, un seductor, un libertino.

CECILIA, *bajando los ojos.*

Es posible!

JORGE, *encolerizado.*

Y le amas?

CECILIA, *con espansion.*

Mas que á mi vida.

JORGE, *irritado y con mano trémula*

Pues bien; entonces ve á entregarle esta carta... llévala á su destino.

CECILIA, *mirandole con ternura.*

Ya está.

JORGE.

Cómo? yo!

CECILIA.

Si, si, Milord.

JORGE.

Ah!

Cecilia se arroja á sus pies.

ESCENA XIII.

CECILIA, JORGE, PELKAM *por la puerta del foro*, MARGARITA *por la de la derecha.*

MARGARITA *y* PELKAM.

Ah! que es lo que veo!

JORGE, *á Cecilia que se levanta precipitadamente y quiere huir.*

No, no, quédate.

PELKAM, *á Cecilia.*

Venia á deciros que me cansaba de esperar en la berlina.

MARGARITA, *á Jorge llena de asombro.*

Y yo, Milord, venia á avisaros que vuestros amigos os aguardan sentados á la mesa.

JORGE.

Me alegro en el alma! Vamos á anunciarles que Enrique Pelkam ha perdido las mil guineas de su apuesta.

PELKAM, *á Cecilia.*

Ah! será posible!

JORGE, *á Cecilia que hace un movimiento de sorpresa.*

Sí, Cecilia... habia apostado á que esta noche serias mia, (*á Margartia*) gracias á tu hijo Reynolds.

MARGARITA.

A quien acabo de decir que se retire...

JORGE.

A quien volverás á llamar... Presentaré hoy mismo á mis amigos á la Marquesa de Newcastle, mi muger!

PELKAM.

Qué es lo que oigo!.. Vaya una idea!

JORGE, *con alegria.*

A ti nunca se te hubiera ocurrido, eh? Pues amigo mio, para hacer sensacion en el mundo, para llenarle de admiracion y asombro, para ser durante tres meses el objeto de las conversaciones de la gente elegante, no debe uno, cuando es Marqués y millonario, elegir por muger á una Duquesa... eso es muy vulgar... sino á su vasalla.

PELKAM, *dandose en la frente.*

Y es verdad.

JORGE.

Sobre todo cuando es virtuosa y bonita como mi ahijada.

PELKAM.

Por Dios que tiene razon!.. hétele ya en moda para todo el invierno... Oh! pero esa idea me la has robado... yo fui el primero que. . Aun es tiempo, y si llego á encontrar entre mis vasallas una...

JORGE.

Estas loco? imitarme hasta en eso.

PELKAM.

Qué quieres? es mi estrella! Soy una especialidad en mi genero... un elegante *postdata*... hay nada mas estraordinario?

JORGE.

Si, amigo mio.

PELKAM.

El qué!

JORGE, *mirando á Cecilia.*

Un seductor enamorado.

CECILIA, *al público.*

Soy Marquesa, soy Señora,
Soy esposa del que amaba:
Nada de esto me esperaba:
Qué podré pedir ahora?
Lo sabeis:— mas seductora
Que todo el fausto y placeres
Que ambicionan las mugeres,
Fuera una sola palmada
Para esta pobre criada.
Dádsela para—alfileres.

FIN DE CAER EN SUS PROPIAS REDES.

Madrid.—Imprenta de D. F. SUAREZ, plaz. de Celenque, 3.